Melancolía imperial

Marco Aurelio vivió el drama de ser un hombre atrapado en su doble condición de mortal y dios en la tierra

Por **Enrique Lynch**

EL ESTOICISMO ES una de las reglas de vida dominantes entre las clases ilustradas del Imperio medio y tardío, y se cuenta entre las fuentes principales del cristianismo primigenio. Los estoicos y, en general, las escuelas filosóficas del periodo helenístico, en el que conviven Epicuro, los cínicos y los cirenaicos, tienen un enorme atractivo para nuestra época que, como la de ellos, bien podría calificarse de alejandrina. Como nosotros, sus maestros piensan obsesivamente en lo íntimo y, fieles a su representación del mundo, en la totalidad; y en las muchas maneras en que la intimidad y la totalidad han de ponerse de acuerdo. Mucho tienen para enseñar, pues, a nuestras consciencias presentes: tan cosmopolitas, escépticas y desarraigadas.

Paradójicamente, la filosofía que se aprende en los institutos y en las universidades no suele dedicar mucha atención a los filósofos del llamado helenismo y en cambio da preeminencia a los de "la historia de la filosofía" (los presocráticos, Platón, Aristóteles, Plotino y a sus respectivas tradiciones; y, ya al final de la Antigüedad, a Agustín de Hipona), quizá porque en ellos se encuentran una buena parte de las referencias principales de los grandes sistemas, desde la democracia y el arte, hasta la naturaleza y los grandes principios (el Bien, la Belleza, lo Verdadero) y, en buena medida, el vocabulario original que más tarde desarrollarán la ciencia y la técnica modernas. Lo que es una lástima, porque la inmensa sabiduría de vida de los filósofos del helenismo serviría para sustraer a unos cuantos pobres de espíritu de caer en manos de los mercaderes de felicidad, los *coaches* de la autoestima, los psicólogos de pacotilla y las muchas variedades de gurúes más o menos orientalistas o exóticos, que andan por ahí haciendo su agosto.

Pierre Hadot se ha servido de un texto fundamental de la tradición estoica, las *Meditaciones* del emperador Marco Aurelio, para intentar una especie de compendio del estoicismo medio. Su trabajo, fruto de más de veinte años de estudio, es una exégesis exhaustiva en toda regla; y aunque por su prolijidad y detalle resulta un tanto abrumador y algo repetitivo —por momentos, la acumulación de escolios y comentarios recuerda la edición de Jiménez Redondo de la *Fenomenología del Espíritu,* que casi triplica el texto de Hegel—, Hadot consigue desentrañar todo lo que Marco Aurelio debe a Epicteto y a los grandes estoicos: Cleantes, Zenón, Crisipo. Su comentario quita frescura al texto original de Marco Aurelio pero, en compensación, arroja luz sobre los aspectos más oscuros de esa obra a la vez que intenta abrir nuevas vías de interpretación sobre la experiencia del *yo* en la cultura antigua.

Busto del emperador Marco Aurelio del año 180 después de Cristo en el museo de Avenches (Suiza).

Las *Meditaciones* son un compendio de *hypomnémata,* es decir, anotaciones personales que el emperador hizo probablemente durante el tiempo de su reinado, entre 161 y 180, transcurridos entre las intrigas y las luchas políticas de la corte en Roma y las muchas campañas militares que Marco Aurelio hubo de emprender para defender las fronteras del Imperio de la amenaza de germanos y partos. Es un texto asombroso por su refinamiento y su ascetismo y, como bien observó Renan, tiene la virtud de no envejecer: mantiene intacto el drama personal de un hombre extraordinario, atrapado en su doble condición de pequeña alma que busca la armonía con el mundo a través de una estricta disciplina moral y la que le imponía la investidura imperial: vivir como un dios en la tierra.

Hadot entiende que las *Meditaciones* son ejercicios espirituales en los que la individualidad del emperador nunca entra en escena y, sin embargo, hace girar las reflexiones de Marco Aurelio en torno a su imposible libertad toda vez que, para el estoico, no hay posibilidad de restablecer la necesaria armonía con el Todo sino por la aceptación de la hegemonía del Destino. Y no solamente para los estoicos: la libertad es impensable para la mentalidad antigua, incluso para un hombre como Marco Aurelio, que fue elevado al poder absoluto sobre la totalidad del mundo, una dimensión de la experiencia mundana que ninguno de nosotros puede representarse. En la lectura de las *Meditaciones* que hace Hadot, sin embargo, el drama del hombre libre reaparece una y otra vez detrás de las pródigas referencias eruditas y los escolios. Quizá haya aquí un ejercicio espiritual empático, sí, pero parecería que es del propio Hadot, que escribió un tratado de estoicismo que se lee como el diálogo entre dos melancolías unidas a través de los siglos. •

Los filósofos del helenismo tienen mucho que enseñar a una época cosmopolita, escéptica y desarraigada como la nuestra

La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio. Pierre Hadot. Prólogo de Arnold L. Davidson. Traducción de María Cucurell Miquel. Alpha-Decay. Barcelona, 2013. 520 páginas. 24,90 euros.

Cuando Hamlet se llamaba Amleto

Historia danesa (Gesta Danorum). Libros I-IX
Saxo Gramático
Edición y traducción
de Santiago Ibáñez Lluch
Miraguano. Madrid, 2013
700 páginas. 39 euros

Por **Carlos García Gual**

EN UN CATÁLOGO de los grandes escritores de la Europa medieval, el danés Saxo debe figurar entre el británico Geoffrey de Monmouth, el autor de la *Historia de los reyes de Bretaña,* y el islandés Snorri Sturlusson, el sabio relator de las sagas nórdicas del *Edda*. No solo por su cronología (1150-1218), sino también por su genial y extenso empeño por evocar el mundo legendario de los primeros reyes y héroes míticos de su gloriosa nación en una larga narración en prosa, narración resonante y de formidables gestas y personajes. En esos se parece al gran Geoffrey, el inventor del Rey Arturo, pero las hazañas narradas tienen el fuerte sabor épico de las que cuenta Snorri. Entre la épica y la historia fabulosa, tal vez mucho más cerca de la primera por su fantasía, en su esmerado latín, este erudito de formación clerical —de ahí el sobrenombre de *Gramático*—, imitando el estilo de los clásicos historiadores romanos, compuso su colorida y extensa *Historia danesa,* en dieciséis libros: los nueve primeros relatando los hechos de tiempos paganos, los otros siete los de época cristiana. (Aquí se traducen los primeros: mitológicos y fabulosos).

Las tramas violentas y sanguinolentas, y la sucesión de personajes regios de sonoros nombres revelan un extraordinario fulgor épico y novelesco, en secuencias rápidas y ritmo cortante. Si el estilo es austero no carece de imágenes poéticas y memorables. En principio, la retórica docta de Saxo —ya elogiado por Erasmo y Luis Vives— es distinta de la prosa sobria y vibrante de las sagas, pero en una y otras se intercalan diálogos en verso (en el tipo llamado "prosímetro") que avivan el impacto teatral de muchas escenas. Los diálogos son a menudo duelos de ingenio mordaz, y las batallas y matanzas alternan con las trampas y las intrigas principescas. Los héroes son en esencia caudillos guerreros, feroces y belicosos, pero a veces triunfan por su habilidad para las trampas o la astucia, que les depara el triunfo, como a Amleto o a Erico. Junto a los broncos aventureros brillan bellas damas peligrosas por su magia, su rencor o su voluble carácter, justificando la fama de misógino de Saxo. Se repiten batallas, duelos, saqueos, naufragios, venganzas, y los reyes se suceden sin pausas. Hay crueldad, traición, generosidad y muertes súbitas; en fin, un clásico tan truculento como el televisivo *Juego de tronos.* De los muchos príncipes de extraños nombres que van y vienen —de Noruega, Suecia, Sajonia y Dinamarca— es, sin duda, Hamlet (aquí Amleto) el más famoso, gracias al *remake* teatral de William Shakespeare. Pero incluso quien conoce el drama isabelino, hallará muy interesante su prototipo original, este príncipe de psicología más ruda, menos caviloso, pero con una historia de más peripecias (aquí en libros III y IV).

Santiago Ibáñez ya había traducido espléndidamente una media docena de sagas nórdicas (todas ellas en la atractiva colección de Miraguano), con buenos prólogos y muy precisas anotaciones. Aquí nos demuestra que romancea con igual destreza el latín de Saxo —de elegante retórica— como las leyendas del islandés; y aclara los textos con una magnífica precisión. Gracias a él —y a Lerate, Bernárdez y González Campo—, hemos podido leer en fieles traslados y con toda su fuerza poética esta literatura espléndida de las viejas sagas islandesas y la gran mitología nórdica, que tanto entusiasmaba al viejo Borges, y cuyos lances quiso evocar en prosa y verso. Con estos traductores estamos, pues, en deuda. Aquí tenemos, a mano, al erudito Saxo; aquí vuelve con sus trepidantes tramas de reyes y aventuras de vikingos. Los amantes de la épica debemos felicitarnos, y muchos descubrirán ahora a un gran narrador nórdico. En esta segunda edición, corregida y con nuevo prólogo y notas; sin duda, es la definitiva y bien cuidada que el sabio Saxo se merecía. •